

ción constante de los hebreos, Abel, Noé y Melquisedec ofrecieron sacrificios á Dios. Cada uno de estos sacrificios, incluso el de Abraham, expresaba uno de los diversos caracteres que debía reunir en sí el sacrificio de Jesucristo, término, fin último y perfecto de todos los sacrificios. Estos caracteres principales son cuatro: el primero, que este sacrificio debía ser mandado por su Padre y consumado en presencia de su Madre, y esta circunstancia está expresada en el sacrificio de Isaac; el segundo, que debía ser ofrecido voluntariamente por el mismo Jesucristo, sacerdote de su víctima y víctima de su sacerdocio, y esta circunstancia se halla indicada en el sacrificio de Melquisedec; el tercero, que debía consumarse por la envidia de los judíos, sus hermanos, y esta circunstancia está figurada en Abel; el cuarto, en fin, que debía ser ofrecido por la reconciliación del cielo con la tierra, del hombre con Dios, y esta circunstancia se halla simbolizada en Noé. ¡Colina preciosa, santa y misteriosa, santificada por los sacrificios más sublimes de los hijos de los hombres, y, finalmente, por el sacrificio por excelencia, que es el del mismo Hijo de Dios! Quiera Dios que mis ojos estén siempre fijos en ti, y que mi corazón esté siempre unido á ti, supuesto que de ti nació un día la gracia que se esparció por el mundo, y que de ti espero también mi salvación y los auxilios para conseguirla (1).

(1) Levavi oculos meos in montes unde veniet auxilium mihi. (*Psalm.*, cxx, 1.)

La Escritura refiere que Abraham acompañaba á su víctima, llevando en una mano el cuchillo que debía inmolarla, y en la otra el fuego que debía consumirla (1). Pues bien; el cuchillo que hiera á Jesucristo y le da la muerte es su obediencia (2), y el fuego que le consume es su amor á los hombres (3); y estos instrumentos misteriosos del sacrificio de Jesucristo los lleva María, por decirlo así, en sus manos, pues que, representando de una manera visible á su Padre invisible, aprobando con su presencia, ratificando con su autoridad materna y secundando este sacrificio con toda la fuerza de sus santos y sublimes transportes, acompañando á Jesucristo para cooperar á la salvación de los hombres, manifiesta María y hace públicos y solemnes los grandes sentimientos de obediencia y de amor, á los que Jesucristo se sacrifica voluntariamente.

Habiendo llegado Isaac al lugar del sacrificio, oye de su padre que él mismo debe servir de víctima. Sin embargo, él no se queja, él no lo repugna ni lo rehusa; verdadera figura, por lo mismo, de Aquel que aceptó con una voluntad plena y perfecta el decreto de su muerte, que se ofreció El mismo á ella (4), y durante su vida estuvo como devorado por una santa impaciencia y por los deseos más vehementes de verse cuanto

(1) Ipse portabat in manibus ignem et gladium. (*Gen.*, xxii, 6.)

(2) Factus obediens usque ad mortem. (*Philip.*, ii, 8.)

(3) Dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis. (*Ephes.*, v, 3.)

(4) Oblatus est quia ipse voluit. (*Is.*, liii, 7.)

antes inundado en su sangre (1). El recibe después con gozo la orden que María, en nombre del Padre celestial, le da con su presencia de sacrificarse por nosotros; y los dos, de común acuerdo, ratifican el sacrificio que la justicia de Dios y la salvación del mundo exigen de la vida del Hijo y del corazón de la Madre.

Sin embargo, aunque Isaac consiente en ser sacrificado, y se ofrece voluntariamente, no por eso deja Abraham de atarle sobre el altar que él había levantado (2), para significar que el verdadero Isaac, aun cuando debía morir entregando voluntariamente su vida (3), debía, sin embargo, ser asegurado con clavos al altar de la cruz, á fin de que su sacrificio voluntario tuviese la apariencia de un sacrificio forzado, supuesto que se ofrecía en nombre y en expiación del hombre pecador. Y permaneciendo María espectadora inmóvil de la crucifixión de su Hijo, la aprueba, la quiere y consiente en ella en nombre del celestial Abraham; esto fué como si ella misma con sus maternales manos hubiera atado la víctima.

No era costumbre colocar la víctima en el altar antes que hubiese sucumbido bajo el cuchillo del sacerdote, y sólo después de su muerte era cuando debía ser consumida por el fuego. Sin embargo, Isaac fué

(1) Baptismo habeo baptizari, et quomodo coractor usque dum perficiatur. (*Luc.*, XII, 50.)

(2) Cum alligasset filium suum, posuit super altare. (*Genes.*, XXII, 9.)

(3) Ego pono animam meam. (*Joan.*, X, 17.)

colocado vivo en el altar del sacrificio antes de ser inmolado. Esta circunstancia era también necesaria para hacer la figura más semejante al objeto figurado, el cual, según la voluntad del Padre celestial, significada y confirmada por la presencia de la Madre terrena, debía ser colocado vivo en el altar de la cruz, y ser inmolado allí por la obediencia y consumido por el amor.

Después de haber terminado Abraham todos estos preparativos, menos necesarios para consumir la inmolación que para dar á la imagen una conformidad más perfecta con su original, extiende la mano, desenvaina el acero, levanta el brazo para descargar el golpe fatal, y de repente un frío glacial corre por todos sus huesos, su corazón palpita en su pecho de una manera inusitada y parece que se despedaza por el dolor. Al descargar el golpe, inmola dos víctimas, dice San Pedro Crisólogo: la vida preciosa del Hijo y el corazón afligido del Padre. Abraham se inmolaba á si mismo en la persona de Isaac (1). En aquel estado se termina el misterioso sacrificio; la obediencia de Abraham es perfecta, la docilidad de Isaac lo es igualmente; el uno y el otro habían hecho por la disposición de sus almas todo cuanto se les exigía. La mano es detenida cuando el corazón nada tiene ya que sufrir (2).

Mas esto, que bastaba para la figura, no era suficiente para el original. No tan sólo con las disposicio-

(1) Immolabat sese in filio. (*S. Petr. Chrisolog.*)

(2) Non extendas manum tuam super puerum. (*Gen.*, XXII, 12.)

nes del corazón era como María debía ofrecer su Hijo, y este Hijo debía ofrecerse á sí mismo, sino que esta obra debía consumarse también exteriormente. El antiguo Adán, el Adán pecador, el viejo hombre, á quien Jesucristo representaba en el Calvario, debía ser inmolado visiblemente y morir, para dar lugar al joven Adán, al Adán justo, al Adán nuevo. Armada María del heroísmo de su resignación, del fervor de su caridad y del deseo de ver consumada la salvación del mundo, amenaza también y hiere con golpes terribles á su víctima hasta tanto que queda realmente sin vida. Ella expira, en efecto, abrumada igualmente bajo el peso de la justicia de su Padre y bajo el de la ternura de su Madre para con los hombres, y Esta se inmola por lo mismo con su Hijo (1). Su sacrificio, dice San Amadeo, fué mucho más doloroso que si Ella se hubiera sacrificado á sí misma; porque la vida de su Hijo, víctima de su inmolación y causa de su dolor, le era más amada, sin comparación, que la suya propia (2).

Pero si Abraham fué figura de la obediencia perfecta, de la generosidad sublime y de las crueles angustias que María sufrió en la oblación de su Hijo, fué igualmente figura de la amplia recompensa que merecieron sus virtudes. Por haber consentido Abraham en

(1) *Immolabat sese in Filio (S. Petr. Chrisolog.)*

(2) *Maria torquebatur magis quam si torqueretur ex se, quoniam supra se incomparabiliter diligebat id, unde dolebat. (S. Amad.)*

sacrificar á su hijo Isaac, se hizo el verdadero padre de un pueblo escogido; y por haber sacrificado María á Jesucristo, se hizo la verdadera Madre del pueblo cristiano.

En efecto, apenas se terminó el sacrificio de Abraham, cuando oyó estas palabras sublimes, palabras que revelaban su mérito y su recompensa: «Porque has consumado un acto tan sublime y tan grande, y por obedecerme no has perdonado á tu hijo único, yo te juro por mí mismo, dice el Señor, que te colmaré de bendiciones, que multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como los granos de arena esparcidos en la orilla del mar (1).»

María igualmente, por haber puesto á su Hijo único en la cruz, con su voluntad asociada á la del Padre celestial, oyó de la misma boca de este divino Hijo las tiernas y misteriosas palabras que le anunciaron el mérito sublime y la amplia recompensa de su sacrificio. En la actitud más bien de su Dios que de su Hijo, le manifiesta en la persona de San Juan la inmensa multitud de los fieles, la Iglesia, y le dice: «Mujer, desde ahora he ahí tu hijo (2). Este hijo es único, porque toda la congregación de los fieles, la Iglesia, no formará más que un solo cuerpo, cuya cabeza soy yo. Pero al

(1) *Per memetipsum juravit, dicit Dominus, quia fecisti hanc rem, et non peperecisti filio tuo unigenito propter me; benedicam tibi, et multiplicabo semen tuum sicut stellas cœli, et velut arenam quæ est in littore maris. (Genes., xxii, 16, 17.)*

(2) *Mulier, ecce filius tuus. (Joan., xix, 26.)*

mismo tiempo este cuerpo encerrará una multitud de hijos, que serán tantos cuantos sean los verdaderos creyentes. He ahí, pues, ¡oh Mujer!, la posteridad numerosa que acabas de adquirir en este momento, que yo te prometo y te doy como un solo Hijo.»

¡Misterio grande y sublime! La promesa que Dios hace en estas circunstancias á Abraham le había ya sido hecha muchas veces en los mismos términos. Mira al cielo, se le había dicho, y cuenta las estrellas, si puedes: pues bien; sabe que tu posteridad será igualmente numerosa (1). Yo te daré un hijo de Sara, yo le colmaré de bendiciones; naciones y reyes nacerán de él (2). Mas la ejecución y el cumplimiento de esta promesa se refería al sacrificio del hijo que le estaba prometido, y la bendición que debía multiplicar su descendencia no debía bajar del cielo hasta tanto que Abraham hubiera dado esta prueba admirable de su fe maravillosa y de su obediencia perfecta.

La promesa que Jesucristo hizo desde la cruz á María, de hacerla Madre afortunada de la Iglesia, le había sido hecha igualmente otra vez. Al saludarla el ángel, «Bendita entre todas las mujeres (3),» aludía ciertamente á su fecundidad maravillosa y á la multitud inmensa de hijos que Ella tendría, al concebir uno, su-

(1) Suspice cœlum et numera stellas, si potes... sic erit semen tuum. (*Genes.*, xxv, 5.)

(2) Ex Sara dabo tibi filium, cui benedicturus sum, eritque in nationes, et reges populorum orientur, ex eo. (*Ibid.*, xviii, 16.)

(3) Benedicta tu in mulieribus. (*Luc.*, i, 28.)

puesto que añade que la generación de este Hijo sería eterna, así como su reino no tendría fin (1). Pero respecto á María, el cumplimiento de estas profecias está igualmente unido al sacrificio voluntario que se le anuncia, al cumplimiento de los actos perfectos y de los sentimientos sublimes que Ella manifiesta en estas trágicas y dolorosas circunstancias.

Nada parecía á primera vista más opuesto á la promesa de una numerosa posteridad que el sacrificio de Isaac, que debía ser el padre de ella. Y, sin embargo, el cumplimiento de esta profecía dependía del sacrificio de una vida tan preciosa. Si Abraham hubiera vacilado en inmolar á su hijo hasta que este hijo hubiese tenido otros, por esto mismo Isaac hubiera quedado estéril, y la posteridad, por causa de esta tardanza, hubiera acabado en Isaac; por el contrario, al sacrificarle cuando es todavía virgen, le hace fecundo. Por un hijo que se expone á perder, adquiere una multitud de ellos; por un individuo que no perdona, se hace el padre de un pueblo entero, y llega á ser el padre de una innumerable multitud por aquello mismo que podía hacerle temer verse privado de hijos.

Nada parecía más opuesto al cumplimiento de las magnificas promesas que el ángel hizo á María de la numerosa posteridad de su Hijo, del establecimiento de su reino y de la perpetuidad de su imperio, que la muerte ignominiosa de El en un infame patíbulo. Sin

(1) Et regnavit in domo Jacob in æternum, et regni ejus non erit finis. (*Luc.*, 32, 33.)